

PACTO Y CONVERSACIÓN:
UNA LECTURA SEMANAL DE LA BIBLIA JUDÍA
GÉNESIS: EL LIBRO DE LOS COMIENZOS



Otras obras del autor

Ceremonia y Celebración

Hagadá de Pesaj

Rabino Jonathan Sacks

PACTO Y CONVERSACIÓN

Una lectura semanal de la Biblia Judía

GÉNESIS: EL LIBRO DE LOS COMIENZOS

Edición Chomer

Maggid Books

*Pacto y Conversación:
Una Lectura Semanal de la Biblia Judía
Génesis: El Libro de los Comienzos*

Primera edición en inglés: 2009
Primera edición en español: 2021

Maggid Books
Una publicación de Koren Publisher Jerusalem Ltd.

© Jonathan Sacks 2009
Edición en español traducida por Ethel y Yerahmiel Barylka

La publicación de este libro ha sido posible por el
generoso apoyo de The Jewish Book Trust

El derecho de Jonathan Sacks a ser identificado como el autor
de este trabajo ha sido afirmado por él de conformidad
con la ley de derechos de autor, diseño y patentes de 1988.

ISBN 978-1-59264-583-1, *tapa dura*

Impreso y encuadernado en los Estados Unidos

*La traducción de este libro es dedicada a la
memoria de nuestro amado padre*

Simón Chomer Achar z"l

לעילוי נשמת
סימון בן לטיפה ז"ל
כ' בשבט תשע"ז

*Hombre incansable en su afán de construir
un mundo de justicia y generosidad
Preocupado siempre por el bienestar de todo aquel
que se encontrase a su alrededor;
Enérgico e intransigente frente al abuso,
noble y desinteresado ante la necesidad del prójimo
Hijo, hermano, esposo, padre, abuelo
y amigo incondicional cuyo paso
por esta vida dejó una huella profunda.*

תהא נשמתו צרורה בעדור החיים

Para nuestra hija Guila y nuestro yerno Elliot

יְשִׁישׁ עַל־יָדְךָ אֱלֹהֵיךָ
כְּמִשְׁוֹשׁ חַתָּן עַל־כַּלָּה

*Se regocijará por ti tu Dios
como el alborozo del novio por la novia*

J.S.

Contenido

Viviendo con el Tiempo: La Parashá	1
Génesis: Una Introducción	5

BERESHIT

El Libro de las Enseñanzas	15
La Esencia del Hombre	19
Las Etapas de la Creación	23
Violencia en Nombre de Dios	29
Vestiduras de Luz	33

NOAJ

Más Allá de la Obediencia	43
Babel: Una Historia de Cielo y Tierra	49
La Objetividad de la Moralidad	57
Drama en Cuatro Actos	63

LEJ LEJÁ

El Largo Caminar Hacia la Libertad	69
Un Nuevo Tipo de Héroe	75
Cuatro Dimensiones del Recorrido	79

Contenido

Padres e Hijos	83
Promesa y Cumplimiento	89

VAYERÁ

Dios y Extraños	99
Desafiando a Dios	105
El Judío Ambivalente	111
El Milagro de un Hijo	119

JAYE SARA

Tierra e Hijos	125
Plegaria y Conversación	131
Autoridad Parental y la Elección de la Pareja Matrimonial	137
Sobre el Judaísmo y el Islam	143

TOLDOT

Acerca de Clones e Identidad	149
Mirando Hacia Atrás	155
El Valor de la Perseverancia	161
El Otro Rostro de Esau	169

VAYETZÉ

Encontrando a Dios	181
La Escalera de la Plegaria	187
Cuando el “Yo” Calla	193
Sobre el Amor y la Justicia	197
Escuchando la Torá	205

VAYSHLAJ

Miedo Físico, Angustia Moral	215
------------------------------	-----

Luchando Cara a Cara	221
Sobrevivir a la Crisis	231
El Destino de Jacob, el Nombre de Israel	237

VAYESHEV

La Tragedia de Rubén	247
Rechazando el Consuelo, Manteniendo la Esperanza	255
Llamas y Palabras	261
Un Relato de Dos Mujeres	267

MIKETZ

El Hombre Propone, Dios Dispone	275
Entre Libertad y Providencia	281
Lo Universal y lo Particular	287
Detrás de la Máscara	297

VAYGASH

En Busca del Arrepentimiento	305
El Hombre Penitencial	313
¿Mi Padre me Ama?	317
Perdón	325

VAYEJÍ

La Mentira Blanca	333
Olvido y Fecundidad	339
El Futuro del Pasado	343
Tiempo Judío	353
Sobre el Autor	359

Viviendo con el Tiempo: La Parashá

“**D**ebemos vivir con los tiempos” dijo el Rebe.

Los discípulos sentados alrededor de la mesa esperando ansiosamente las palabras del maestro, estaban perplejos. “¿Vivir con los tiempos?

¿Acaso no es esto lo que los enemigos de la fe dicen todo el tiempo – el pasado ha muerto, ¡Viva el futuro!?. Nosotros, sin duda, creemos lo contrario, que la palabra de Dios es eterna, que ciertas cosas no cambian, que los valores y los principios y las leyes son constantes. Ser judío, es ser más allá del tiempo. ¿Qué es entonces lo que quiso decir el Rebe cuando dijo “debemos vivir con los tiempos”?

“A lo que me refiero”, dijo el Rebe, “es que debemos vivir con la *parashat hashavúa*, la porción semanal de la Torá”.

Como muchos otros relatos judíos, antiguos y modernos, este, pronunciado por el sexto Rabino de Lubavitch, tiene una profundidad oculta. Sea donde se encuentren a través del mundo, los judíos leen una porción semanal de los libros mosaicos – la *parashat hashavúa*. La *parashá* semanal compone la música del año judío. Otoño es Génesis (*Bereshit*), con los relatos de los comienzos, el nacimiento del mundo, de la humanidad y del pueblo judío. Invierno es Éxodo (*Shemot*), la historia del exilio y la redención, esclavitud y libertad y el comienzo de

la larga travesía a través del desierto en pos de la Tierra Prometida. Primavera es Levítico (*Vaykrá*), con sus leyes de sacrificios, a veces muy lejanas para el oído moderno, pero atravesado por una grandeza ética y en su fulcro, los dos mayores imperativos morales – amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos, y el sin duda mucho más difícil pero fundamentalmente más importante mandamiento de amar al extranjero, al otro, el que no se parece a nosotros mismos. Números (*Bemidbar*) marca el comienzo con Shavuot, la fiesta de la revelación y lo hace con el relato acerca de los israelitas en el desierto, una tensa narración de retrocesos y rebeliones, tal vez la narrativa más realística del nacimiento de una nación alguna vez contada. Verano es Deuteronomio (*Devarim*), este magnífico libro de los discursos de Moisés en el último mes de su vida, su visión – nunca superada – de la historia judía y del destino como pueblo del pacto, demandado a vivir en fidelidad a Dios.

El tiempo judío es cíclico y lineal. Somos parte de la naturaleza y su ritmo – el ciclo de las estaciones y de la vida humana- mientras pasamos del nacimiento a la madurez, hasta el envejecimiento y la sabiduría, y la tristeza al ver la nueva generación, aquellos que continuarán la historia cuando nosotros ya nos estemos más aquí. Pero somos también parte de la historia – el tiempo como una secuencia no repetitiva de eventos, un viaje en el que ninguna etapa se parece exactamente a otra que haya habido o que habrá. El tiempo judío es como una fuga entre esos dos temas, lo eterno y lo efímero, lo atemporal y lo temporal. Esto, imagino, es lo que el Rebe quiso decir cuando expresó que debemos vivir con la porción bíblica semanal. Es este encuentro semanal entre el ahora y el entonces, el momento y la eternidad, que enmarca la conciencia judía y nos da esa sensación única de vivir una narrativa, el relato bíblico, en el que nosotros mismos estamos escribiendo el último capítulo.

Así es, en todo caso, como he tratado de vivir. Una y otra vez, en medio de tiempos difíciles o enfrentando decisiones difíciles, he encontrado las palabras de la *parashá* dándome una guía – o, a la inversa, los eventos mismos brindándome una perspectiva más profunda del texto de la Torá. Porque esto es lo que significa Torá: enseñanza, instrucción, guía. La Torá es un comentario sobre la vida, y la vida es un comentario sobre la Torá. Juntas constituyen una conversación, cada una arrojando luz sobre la otra. La Torá es un libro no sólo para ser leído sino para ser

vivido. Una de las cosas que nos da el valor y la sabiduría de trazar nuestro camino por el desierto de la vida es saber que no estamos solos, que Dios va delante nuestro en una columna de nube o de fuego, señalando el camino. La forma en que Él lo hace para nosotros es a través de las palabras de la Torá, de la cual cada vida judía es un comentario, y cada uno de nosotros tiene su anotación que hacer.

Los ensayos siguientes, cortos y espero que simples, son el registro de cómo he intentado vivir con los tiempos a través de un diálogo con la Torá. Cada uno es independiente, pero tomados todos juntos constituyen el encuentro de una persona con el texto que formó la identidad de un pueblo y modeló su sentido de destino. Los judíos, son, por encima de todas las cosas, el pueblo del Libro. Ellos encuentran a Dios menos en los misterios del cosmos o los rincones secretos del alma que en las palabras, Dios nos habla, y desde que fueron dichas la primera vez hemos intentado descifrarlas y aplicarlas a nuestras vidas. Donde los judíos estaban llevaban la Torá con ellos. Ellos la cargaban y ella los cargaba a ellos. La Torá se convirtió, en la amorosa frase de Heinrich Heine, en la “patria portátil” del judío.

Si hay alguna característica en común en estos artículos, es que he tratado de establecer el texto bíblico en un amplio contexto de ideas. Muchos comentaristas tradicionales miran a la Torá con un microscopio; el detalle, la fragmentación del texto aislado. Yo he intentado mirarla a través de un telescopio: el panorama general y su lugar en la constelación de conceptos que hacen del judaísmo una imagen tan convincente del universo y nuestro lugar dentro de él.

He llamado *Pacto y Conversación* a estos estudios, porque esa es para mí la esencia del estudio de la Torá – a través de las épocas, y para nosotros, ahora. El *texto* de la Torá es nuestro pacto con Dios. Nuestra constitución escrita como nación bajo Su soberanía. La *interpretación* de este texto ha sido objeto de una conversación continua desde que los judíos han estudiado la palabra divina, una conversación que comenzó en el Sinaí hace treinta y tres siglos y no ha cesado desde entonces. Cada época ha sumado sus comentarios, y así deben ser los nuestros. Participar en esta conversación es una parte central de lo que significa ser judío. Porque somos el pueblo que nunca ha dejado de estudiar el Libro de la Vida, nuestro más preciado regalo del Dios de la Vida.

Génesis: Una Introducción

Génesis, el libro de *Bereshit*, como su nombre sugiere trata sobre comienzos: el nacimiento del universo, los orígenes de la humanidad y los primeros capítulos de la historia del pueblo que sería conocido como Israel o (después del exilio babilónico) como el de los judíos. Nos cuenta cómo este pueblo comenzó, primero con un individuo, Abraham, que escuchó el llamado a abandonar su tierra, su lugar de nacimiento, la casa de su padre, y comenzar una travesía; después como familia, y finaliza cuando la familia extendida se encuentra al umbral de convertirse en una nación. El viaje se torna inesperadamente complicado y lleno de obstáculos. De alguna forma, eso continúa hasta el día de hoy. Esto es parte de lo que hace que Génesis sea tan vívido. Podemos identificarnos con sus personajes y sus dilemas. Somos parte de su mundo, como lo son ellos del nuestro. Ninguna otra literatura antigua tiene un sentir tan contemporáneo. Esta es nuestra historia; es de aquí que venimos; este es nuestro recorrido.

Pero Génesis no es solo esto, y al leerlo podemos correr el riesgo de perder todo su significado. Maimónides señala el punto fundamental que *Reshit* no significa “comienzo” en el sentido de ser “el primero

de una secuencia cronológica¹. Para eso el hebreo bíblico dispone de otros términos. *Reshit* implica el factor más significativo, la parte de un todo, el fundamento, el principio. Génesis es la obra fundacional del judaísmo, la filosofía de la condición humana bajo la soberanía de Dios.

Este es un punto difícil de entender porque no hay ningún otro libro semejante. No es un mito². No es historia en el sentido convencional, un mero registro de eventos³. Tampoco es teología: Génesis trata sobre los seres humanos y su relación con Dios más que sobre Dios. La teología está casi siempre implícita más que explícita. De hecho, Génesis es filosofía escrita en forma deliberadamente no-filosófica. Trata sobre todas las cuestiones centrales de la filosofía: qué es lo que existe (ontología), qué es lo podemos conocer (epistemología), si somos libres (psicología filosófica), y cómo debemos comportarnos (ética). Pero lo hace de una forma bastante distinta a la de los clásicos de la filosofía, desde Platón a Wittgenstein. Para expresarlo de manera más sencilla: la filosofía es *la verdad como sistema*. Génesis es *la verdad como narrativa*. Es una obra única: filosofía en modo narrativo⁴.

-
1. Maimónides, *Guía para los perplejos (Moré Nevujim)* libro II, capítulo 30. Ver también Maimónides, Comentario a Génesis, Introducción, que dice que la Torá comienza con las historias de Génesis “porque enseña a la gente los caminos de la fe”.
 2. Ver Ernst Cassirer, *Philosophy of Symbolic Forms*, vol. 2, (New Haven, Yale University Press, 1955) 119–20, 240, acerca de la diferencia entre la conciencia mítica y la histórica. El mito trata primariamente sobre el origen de las cosas que son rasgos eternos de la naturaleza. Es una especie de ciencia primitiva. No trata, como lo hace la Torá sobre el tiempo como una arena del cambio. Ver también Mircea Eliade, *Cosmos and History* (New York, Harper and Row, 1959) y *El Mito del eterno retorno, Arquetipos y Repetición*, (Editorial: Alianza Año de edición: 2011).
 3. “El concepto de que dentro de la historia de la humanidad había un proceso en marcha que podía moldear su futuro y conducir al hombre a situaciones totalmente distintas a las del pasado, parece haber encontrado su primera expresión entre los judíos... Por lo tanto, con los judíos el pasado se convirtió en más que una colección de narrativas, una proyección de la experiencia humana, o un sistema de ejemplos morales.” J. H. Plumb, *The Death of the Past*, (Harmondsworth: Penguin, 1973), 56–57. La idea de la historia como desarrollo de la relación entre Dios y la humanidad encuentra su expresión clásica, no en Heródoto o Tucídides, sino en el Tanaj.
 4. Ciertamente, otras grandes obras literarias tratan temas filosóficos; sobre esto, ver los trabajos de Martha Nussbaum y Stanley Cavell. Sobre la diferencia entre los dos modos, sistema y narrativa, ver *Actual Minds, Possible Worlds* de Jerome Bruner (Cambridge, MA: Harvard University Press, 1986).

De esta forma aprendemos qué existe por medio de la narración de la creación. Aprendemos acerca del conocimiento, a través de un relato enmarañado del primer hombre, la primera mujer, la serpiente y el árbol. Empezamos a entender la libertad humana y su abuso a través de la historia de Caín. Aprendemos cómo comportarnos a través de las vidas de Abraham y Sara y sus hijos. Es esto lo que ha ayudado a hacer que el Tanaj, la Biblia hebrea, sea el libro más leído y el más influyente de la historia de la civilización. Solo unos pocos elegidos pueden entender un clásico de la filosofía, pero todos pueden comprender una historia.

En la Torá, la función precede a la forma. El hecho de que un fragmento de información se transmita de una forma determinada nunca es accidental. El género elegido, el medio literario, está ahí por un motivo, y ese motivo nunca es meramente estético. ¿Por qué entonces la Torá adopta una modalidad narrativa en Génesis, libro de los principios primarios?

En parte por la razón ya expuesta: un relato es universal. La Torá es un libro escrito para todos. Uno de los grandes temas del Tanaj es su batalla constante contra las élites, especialmente las del conocimiento. La Torá define a Israel como “un reino de sacerdotes y una nación santa” (Éxodo 19:6) – un reino donde todos sus miembros aspiran a ser, por lo menos metafóricamente, sacerdotes; una nación en la que todos sus miembros son santos. Cada religión tiene sus élites: sacerdotes, obispos, gurúes, santos, místicos, hombres y mujeres consagrados que constituyen una clase aparte de la sociedad. El judaísmo trata sobre la democratización de la santidad, la creación de una sociedad en la que todos puedan tener acceso al conocimiento religioso. De ahí la importancia de las narraciones que puedan ser comprendidas por todos.

Pero esto no significa comprender todo al mismo nivel: esa es otra de las características de Génesis. Cada una de las historias tiene capa sobre capa de sentido y significación, que solo puede captarse mediante lecturas repetidas. Nuestra comprensión del libro crece a la par de nuestro crecimiento. A cada edad se agregan nuevas percepciones, comentarios e interpretaciones propias. El estilo literario del libro permite una lectura renovada en cada generación. Eso también afirma algo significativo sobre de la visión de la Torá acerca del conocimiento humano: las verdades de la condición humana son sencillamente

demasiado profundas para ser comprendidas de una vez y en forma superficial. Solo las historias tienen esa profundidad, esa ambigüedad, esa multiplicidad intencional de significados.

Aún más importante, sólo la narrativa refleja adecuadamente lo que es ser humano. Si cuentas un cuento, incluso a niños pequeños, instantáneamente estarán prestando atención. Quieren saber qué pasará. En este aspecto en los sistemas lógicos no hay sorpresas: todos los hombres son mortales, Sócrates es hombre, luego Sócrates es mortal. La conclusión ya está implícita en la premisa. Pero en un cuento, como en la vida, nunca se sabe qué va a pasar porque los seres humanos son libres. ¿Comerá Eva el fruto del árbol prohibido? ¿Ignorará Caín la advertencia de Dios? ¿Esaú matará a Jacob cuando se encuentren mucho tiempo después de su separación? ¿Los sueños de Josef se harán realidad?

Más que un recurso narrativo, el elemento de incertidumbre refleja un tema central de Génesis, el regalo de Dios a la humanidad: la libertad. Dios creó el universo; por lo tanto, Dios es libre. Dotando a los seres humanos con “Su imagen y semejanza”, también les dio la libertad. Tal vez seamos, como el primer ser humano “polvo de la tierra”, pero también tenemos dentro nuestro “el hálito de Dios”. Estamos modelados por el medio ambiente, pero también nosotros podemos modelar al medio ambiente. Fuimos creados, pero también somos creativos. A diferencia de cualquier otro ser viviente conocido, podemos elegir cómo actuar y reaccionar. Esa es una buena noticia, pero también mala, como descubriremos en la narrativa de la Torá. Podemos obedecer, pero también lo contrario; podemos crear armonía o discordia. La libertad para hacer el bien viene de la mano de la libertad de hacer el mal. La resultante es la totalidad del drama humano tal como lo comprende el judaísmo.

Nuestro destino no está en las estrellas, en el genoma humano ni en ninguna otra forma de determinismo. Somos lo que elegimos ser. Por lo tanto, no sabemos qué ocurrirá. Si alguna forma de determinismo fuera cierta, el destino humano podría ser resumido en un sistema: marxista, freudiano, darwiniano u otro. Nosotros creemos que el determinismo *no* es la verdad, y la mejor forma de demostrarlo es mediante las historias, en todas las cuales el resultado es incierto. No sabemos qué ocurrirá hasta que sucede. Y en Génesis, las cosas nunca transcurren como uno espera.

La historia comienza con la narrativa de la creación. Descubrimos el universo como un lugar de orden y bondad, el resultado de una sola voluntad creativa. Los seres humanos son presentados como la única excepción a esta regla. Pueden hacer el mal y crear caos. A veces – como en la generación del Diluvio – pueden hacer peligrar el futuro de toda la vida sobre la tierra. La Torá lo revela por medio de una serie de viñetas breves y agudas. Con Adán y Eva aparece el primer pecado; con Caín, el primer asesinato. Al llegar a la época de Noaj, la tierra está “llena de violencia”. En la de Babel, la humanidad peca de soberbia. Apenas descubren cómo fabricar ladrillos y construir en escala monumental, tratan de “llegar hasta el cielo” transgrediendo en el dominio de Dios.

A medida que se desarrolla la humanidad, así también su capacidad de hacer el mal. Habiendo revelado la interminable expansión del ámbito de la corrupción- desde la propia, a la del otro, al mundo en su totalidad y hasta al cielo mismo – la narrativa cambia de foco. De toda la humanidad pasamos a una familia. Abraham, Sara y sus descendientes. Dios, digamos, ya no espera que la humanidad alcance las alturas de la moralidad. En lugar de eso, le asigna a una familia la tarea de llevar a cabo vidas ejemplares de las cuales otros puedan aprender⁵. Desde el capítulo 12 hasta el final, el libro es un juego de sutiles variaciones sobre el tema de las relaciones familiares entre esposos y esposas, padres e hijos, hermanos y hermanas a lo largo de cuatro generaciones.

No es por accidente que Génesis sea un libro sobre la familia. Es en la familia donde experimentamos la inteligencia emocional y espiritual. No hay nada sencillo ni idealizado en las familias de Abraham y Sara, Isaac y Rebeca, Jacob, Lea y Raquel. Hay tensiones, rivalidades, contratiempos y esperanzas frustradas, como así también amor, alianzas y lealtades. Solo mucho más adelante descubriremos en el Tanaj que la familia contendrá las metáforas más convincentes acerca de la relación entre los seres humanos y Dios. Él es nuestro padre, nosotros, Sus hijos. Él es nuestro esposo, nosotros Su prometida. Sin embargo, hay algo que aparece claramente en uno de los pasajes más inquietantes de Génesis, que es cuando Jacob lucha con el ángel y recibe el nombre que luego

5. Sólo en el libro de Éxodo los hijos de Abraham se convierten en nación. A través de todo Génesis son, primero un núcleo familiar y luego una familia extendida.

sus hijos llevarán para siempre: Israel, “el que luchó con Dios y con el hombre y prevaleció”: las tensiones en la familia patriarcal son sintomáticas de las grandes batallas posteriores de Israel: con Dios, con la humanidad y consigo mismo⁶.

Existe otra significación al foco de Génesis sobre la familia. A diferencia del dios de los filósofos, el Dios de Abraham es un Dios *personal*. Él no es un concepto abstracto: la primera causa, la fuerza de las fuerzas, el primer motor, el puro Ser. Él es un Dios que se relaciona con nosotros como personas, percibiendo nuestro sufrimiento, escuchando nuestros rezos, es una presencia en nuestras vidas. Y es en nuestras relaciones personales – primero y principal en la familia – que Él espera que Lo honremos honrando a otros, que son a Su imagen, no menos que nosotros.

Los protagonistas de Génesis son sorprendentemente humanos. Son totalmente diferentes a los héroes y heroínas del mito. No son poderosos guerreros ni hacedores de maravillas. No son gobernantes comandando ejércitos y obteniendo legendarias victorias. Son personas comunes transformadas en seres extraordinarios por su deseo de seguir a Dios. Percibimos sus vacilaciones y dudas, sus temores y aprensiones. En el mundo del mito no hay un límite definido entre dioses y seres humanos: los dioses son demasiado humanos y los humanos son descritos frecuentemente como semidioses. En la Torá, por contraste, es como si la trascendencia de Dios hiciera lugar a lo humano de la humanidad. Insistiendo en la absoluta diferencia entre el cielo y la tierra – la distancia que los constructores de Babel quisieron eliminar – la Torá permite vernos como somos en realidad, infinitesimales, falibles y frágiles, pero tocados por las alas de lo infinito.

Al colocar las historias de Génesis antes del libro de Éxodo, con la historia del nacimiento de Israel como nación, la Torá nos está hablando implícitamente acerca de la *primacía de lo personal sobre lo político*. Éxodo trata sobre los grandes temas – esclavitud y libertad, milagros y liberaciones, el rescate de todo un pueblo de la opresión y su fabulosa

6. Los sabios reconocen el principio ‘lo que les pasó a los padres es presagio de lo que ocurrirá a los hijos’ ver *Génesis Raba* 40: 6 para notar el paralelo entre los destinos de Abraham y Sara en Egipto (Génesis 12:10–20) y lo que más adelante ocurrirá con sus descendientes en el libro Éxodo.

travesía a través del mar y el desierto. Trata sobre ley, libertad y justicia, y la naturaleza de Israel como nación bajo la soberanía de Dios. Pero al centrarse primordialmente en los individuos y sus relaciones, Génesis resalta la complejidad del corazón humano, que ningún orden político en sí puede resolver. “¡Cuán pequeña, de todo lo que el corazón humano aguanta/ Esa parte que leyes o reyes pueden curar o causar!” (Oliver Goldsmith). Si no somos capaces de crear paz, justicia o compasión dentro de la familia, tampoco lo podremos hacer dentro de nación o del mundo. Hasta que Josef no perdona a sus hermanos y se reconcilia con ellos, la narrativa no puede continuar en el lienzo mayor de la historia.

Enmarcando le historia de Abraham, Sara y sus descendientes, hay tres promesas: hijos, una tierra y una influencia sobre toda la humanidad.

Repetidamente le fue prometido a Abraham que tendría hijos – tantos como las estrellas del firmamento, la arena a la orilla del mar, y el polvo de la tierra. Siete veces se le prometió la tierra. Cinco veces en todo Génesis, con ligeras variaciones terminológicas, los patriarcas recibieron la certeza de que “a través vuestro todas las familias de la tierra serán bendecidas”.

Pero cuanto más leemos, más nos damos cuenta de que estas promesas no serán cumplidas de inmediato. Tres de las matriarcas, Sara, Rebeca y Raquel tienen dificultades para concebir. La posesión de la tierra es una posibilidad distante. La relación de la familia de Abraham con sus vecinos es con frecuencia tirante. No hay un camino sencillo desde el punto de partida hasta el destino. Ninguna de las historias de Génesis concluye con un simple “vivieron y fueron felices para siempre”. Porque estos no son cuentos para niños. Son profundamente adultos. Nos cuentan que la travesía vale la pena emprenderla – nada menos – pero no comenzó con nosotros y tampoco finalizará con nosotros. “No es para ti completar la tarea, pero tampoco estás libre de apartarte de ella”⁷.

Así, casi sorprendentemente, miles de años después las tres promesas de Génesis siguen siendo los temas más acuciantes de la agenda judía: los hijos (la continuidad judía), la tierra (el Estado de Israel y sus vecinos) y la relación de Israel con el mundo (filo y antisemitismo). Génesis continúa siendo lo que fue al comienzo, un libro sobre los

7. Mishná, *Avot* 2:16.

primeros principios, en cuyas palabras, si nos abrimos auténticamente a ellas, descubriremos no solo a nuestros antepasados sino a nosotros mismos.

La Torá es el libro de Dios sobre la humanidad y cada uno de nosotros un capítulo en su historia inconclusa. Sus palabras forman nuestro pacto con el cielo. Y a medida que escuchamos y respondemos, sumamos nuestra voz a la conversación ininterrumpida entre el pueblo judío y su destino.

Bereshit

בראשית

El Libro de los libros comienza con el principio de los principios: la creación del universo y la vida. La historia es contada desde dos diferentes perspectivas, primero como una cosmogonía (los orígenes de la materia), luego como una antropología (el nacimiento de la humanidad).

La primera narrativa (1:1–2:3) enfatiza la armonía y el orden. Dios crea el universo en seis días y el séptimo lo dedica como un día de santidad y descanso. El segundo (2:4–3:24) se centra en la humanidad, no como una especie biológica sino como seres-en-relación. Dios modela al hombre, ve que “no es bueno que el hombre esté solo”, y entonces modela a la mujer. La serpiente los tienta; pecan y son desterrados del Jardín.

De ahí en más, el drama humano se desarrolla como una tragedia. Caín asesina a su hermano. Para el final de la *parashá* Dios ve “cuán grande era la maldad de los hombres en la tierra” y “se arrepintió de haber hecho al hombre en la tierra”. Dios crea orden, el hombre crea caos. ¿Cuál prevalecerá?

En los cuatro ensayos siguientes, el primero indaga la libertad humana y divina, el segundo las tres etapas de la creación. El tercero examina los orígenes de la violencia humana, y el cuarto descubre una oculta historia de amor, nacida de la conciencia de nuestra mortalidad.

El Libro de las Enseñanzas

En el principio, creo Dios los cielos y la tierra... (1:1)

Es la más famosa y majestuosa apertura de cualquier libro en la literatura. Habla acerca de los principios primordiales, creación y ontología, y para muchos es un emblema de la Torá en su totalidad. Pero no para todos. Consideremos la forma sorprendentemente extraña en la que Rashí – el más amado de todos los comentaristas judíos – comienza su comentario:

Dice Rabí Isaac: La Torá debía haber comenzado con el versículo (Éxodo 12:12) “Este mes será para vosotros el principio de los meses” que fue la primera *mitzvá* dada a Israel (Rashí 1:1).

¿Qué tenemos que hacer con esto? No es una cuestión meramente estética. ¿Acaso Rabí Isaac, y en este asunto Rashí, sugiere seriamente que el Libro de los libros debía haber comenzado en el medio – a un tercio del camino, en Éxodo? ¿Qué se debía hacer pasado en silencio la creación del universo- que es, después de todo, uno de los fundamentos de la fe judía?

¿Podemos entender la historia de Israel sin su prehistoria, las historias de Abraham y Sara y sus hijos? ¿Podemos entender esas

narrativas sin conocer qué les precedieron: La repetida desilusión de Dios de Adán y Eva, Caín, la generación del diluvio y los constructores de la Torre de Babel?

Los cincuenta capítulos de Génesis junto con el inicio del Éxodo son los libros básicos de la fe judía. Son lo más cercano que tenemos a una exposición de la filosofía del judaísmo. ¿Entonces, a qué se refiere Rabí Isaac?

Alude a algo profundo, algo que muchas veces olvidamos. Para entender un libro debemos de pensar a qué género pertenece, ¿es historia o leyenda? ¿crónica o mito? ¿A qué preguntas responde? Un libro de historia responde a la interrogación ¿*Qué pasó?* Un libro de cosmología –sea ciencia o mito- responde a la pregunta: ¿*cómo aconteció?*

Lo que Rabí Isaac está diciendo sucintamente en su enigmático planteo es que, si queremos entender la Torá, debemos leerla como *Torá* – como ley, instrucción, enseñanza, guía. La Torá es una respuesta a la pregunta-, ¿*cómo debemos vivir?* Eso es el motivo por el que elevó la cuestión de por qué no comienza con la primera *mitzvá* dada a Israel.

La Torá no es un libro de historias, aún si incluye historia. No es un libro de ciencia, aún si el primer capítulo del Génesis – como lo notó Max Weber, sociólogo del siglo diecinueve, – es el preludio necesario a la ciencia: representa la primera vez que los hombres vieron el universo como producto de un deseo creativo, y por lo tanto como inteligible más que como caprichoso y misterioso¹.

Más bien es, antes que todo, un libro acerca de cómo vivir. Todo lo que contiene – no sólo *mitzvot* sino también narrativas, incluida la narración de la creación misma – están ahí solamente para el bien de la educación ética y espiritual. La ética judía no está confinada a la ley. Incluye las virtudes del carácter, principios generales y modelos a seguir. Es transmitida no sólo por mandamientos sino también por relatos, expresándonos cómo individuos particulares respondieron a situaciones específicas.

La Torá va desde los más minúsculos detalles a las más majestuosas visiones del universo y nuestro lugar en él. Pero nunca se desvía

1. Max Weber, *Ancient Judaism* (New York: Free Press, 1952); Ver también Peter Berger, *The Sacred Canopy* (Garden City, New York: Doubleday and Company, Inc., 1967).

de su intensa focalización sobre las preguntas: ¿Qué es lo que uno debe hacer? ¿Cómo debe uno vivir? ¿Qué clase de persona debe uno luchar por ser? Abre en el Génesis 1, con la más fundamental de todas las preguntas. Como lo expresa el Salmo (8:4) “¿Qué es el hombre para que tengas de él memoria?”.

La Esencia del Hombre

La *Oración del Hombre* de Pico della Mirandola del siglo quince, fue uno de los puntos decisivos de la civilización occidental, el “manifiesto” del Renacimiento Italiano. En él se le atribuye la siguiente declaración de Dios dirigida al primer hombre:

No te he dado una forma, ni una función específica, a ti, Adán. Por tal motivo, tendrás la forma y función que desees. La naturaleza de las demás criaturas la he dado de acuerdo a mi deseo. Pero tú no tendrás límites. Tú definirás tus propias limitaciones de acuerdo con tu libre albedrío. Te colocaré en el centro del universo, de manera que te sea más fácil dominar tus alrededores. No te he hecho mortal, ni inmortal; ni de la Tierra, ni del Cielo. De tal manera, que podrás transformarte a ti mismo en lo que desees. Podrás descender a la forma más baja de existencia como si fueras una bestia o podrás, en cambio, renacer más allá del juicio de tu propia alma, entre los más altos espíritus, aquellos que son divinos”¹.

El Homo sapiens, esa síntesis única de “polvo de la tierra” y aliento de Dios, es único entre los seres creados al no tener esencia fija: al ser

1. Pico della Mirandola, *Discurso sobre la dignidad del hombre*, Traducción de Adolfo Ruiz Díaz, México, UNAM, 2004.

libre de ser lo que él o ella elija. La *Oration* de Mirandola fue una ruptura con las dos tradiciones dominantes de la Edad Media: la doctrina cristiana que los seres humanos son irremediabilmente corruptos, manchados por el pecado original, y la idea platónica de que la humanidad está limitada por formas fijas.

También es un reporte sorprendentemente judío -casi idéntico al dado por el rabino Joseph Soloveitchik en *El Hombre Halájico*- “El principio más fundamental de todo es que el hombre debe crearse a sí mismo. Esta es la idea que el judaísmo introdujo en el mundo”². Es por lo tanto con un escalofrío de reconocimiento que descubrimos que Mirandola tenía un maestro judío, Rabí Elijah ben Moses Delmedigo (1460–1497), con quien estudió Tanaj en el hebreo original, junto con Talmud y Kabalá³.

El énfasis en la elección, la libertad y la responsabilidad es una de las características más distintivas del pensamiento judío. Es proclamado en el primer capítulo del Génesis de la forma más sutil. Todos estamos familiarizados con la afirmación de que Dios creó al hombre “a Su imagen y Su semejanza”. Raramente nos detenemos a reflexionar en esta paradoja. Si hay algo que es enfatizado en la Torá una y otra vez es que *Dios no tiene imagen*. De ahí también la prohibición de hacer imágenes de Dios. Porque Dios está más allá de toda representación, de toda categorización. “Seré el que seré”, le respondió a Moisés cuando Moisés le preguntó Su nombre. Todas las imágenes, formas, conceptos, categorías son intentos de delimitar y definir. Dios no puede ser delimitado o definido; el intento de hacerlo es una forma de idolatría.

Por lo tanto “imagen” debe referirse a algo diferente que la posesión de una forma específica. El punto principal de Génesis I es que Dios trasciende la naturaleza. Él es libre, no está sujeto a las leyes de la naturaleza. Al crear a los seres humanos “a Su imagen”, Dios nos dio una libertad similar, creando un ser capaz de ser él mismo creativo. La visión

2. Joseph B. Soloveitchik, *Halakhic Man*. Traducido del Hebreo por Lawrence Kaplan. Philadelphia: The Jewish Publication Society of America, 1983.

3. Nacido en Creta, Delmedigo fue un prodigioso talmudista, designado a edad muy temprana como Jefe de la Yeshivá de Padua. Al mismo tiempo estudiaba filosofía, particularmente la obra de Aristóteles, Maimónides y Averroes.

sin precedentes de la persona humana en el capítulo de inicio de la Torá conduce a una visión sin precedente acerca de la persona humana y su capacidad de auto-transformación. Ese es el punto de Mirandola. Todo lo demás en la creación es lo que es, ni bueno ni malo, está sujeto a la naturaleza y a las leyes naturales. Sólo la persona humana tiene la posibilidad de auto-trascendencia. Podemos ser un puñado de polvo, pero tenemos anhelos inmortales.

El humanismo de Mirandola de finales del siglo quince, no era secular, sino profundamente religioso. Esa fue una de las últimas épocas en la cultura europea, en que religión, ciencia y arte caminaron de la mano, dando origen a figuras tales como Brunelleschi, Miguel Ángel y da Vinci. Es fascinante especular qué hubiera pasado si el Renacimiento hubiera continuado en esa dirección. Sin embargo, una serie de gobernantes y papas corruptos, seguida por el enfrentamiento entre la Iglesia y Galileo, condujeron a una ruptura gradual de esta síntesis entre religión y humanismo científico. El avance de la Reforma señaló el dominio de una muy diferente visión de Lutero y Calvino, mientras que el humanismo nadaba en la dirección opuesta, volviéndose progresivamente más secular.

En ese estado de cosas, la gran verdad de Génesis I permanece como la más poderosa declaración de un humanismo de base religiosa, basado en la idea de la persona humana como imagen de Dios, la única creación que es también creativa, la única forma de vida capaz de dialogar con el Autor mismo de la vida. Como enseñan los sabios: “¿Por qué el hombre fue creado último?” Para decir: si es merecedor, toda la Creación fue hecha para él; pero si no es merecedor, se le dice, incluso un mosquito fue creado antes que tú”⁴.

Esta es la simple respuesta a la pregunta de Rabí Isaac: ¿Por qué la Torá, un libro de leyes, no comienza con la primera ley? Porque la ley presupone libertad. Como lo escribió Maimónides en sus “Reglas de Arrepentimiento”, si no tenemos libertad, si todo lo que hacemos está determinado por fuerzas más allá de nuestro control, ¿cuál sería el sentido de ordenar a las personas a actuar de una manera y no de otra? ¿Dónde estaría la justicia en recompensar la obediencia y castigar

4. *Génesis Raba* 8:1; *Sanedrín* 38a.

el pecado? Sin libertad, todo el edificio de la ley y la responsabilidad se derrumba⁵.

La Torá es una exploración sostenida de la libertad humana, el regalo más grande que Dios le dio al hombre, así como el más fatídico, porque la libertad puede ser usada o abusada. Puede conducir a las alturas más altas o a las profundidades más bajas: a amor o a odio, a compasión o a crueldad, a bondad o a violencia. Todo el drama de la Torá fluye desde este punto de partida. El judaísmo permanece como el llamado supremo de Dios a la humanidad a la libertad y la creatividad, por un lado, y por el otro, a la responsabilidad y la moderación – convirtiéndose en socio de Dios en la obra de creación.

5. Maimónides, *Mishné Torá*, Hiljot Teshuvá, capítulo 5.

Las Etapas de la Creación

“Entonces dijo Dios: Sea... Y fue... y vio Dios que era bueno”

Así se despliega el más revolucionario e influyente relato de la creación en la historia del espíritu humano.

En el capítulo anterior vimos que Rashí cita a Rabí Isaac que se pregunta por qué la Torá debe comenzar con el relato de la creación. Dado que es un libro de leyes – los mandamientos que sujetan a los hijos de Israel como una nación – debería haber comenzado con la primera ley que se les dio a los israelitas, que no aparece sino hasta el capítulo doceavo de Éxodo.

La respuesta de Rabí Isaac fue que la Torá comienza con el nacimiento del universo para justificar la entrega de la Tierra de Israel al Pueblo de Israel. El Creador del mundo es *ipso facto* dueño y gobernante del mundo. Su regalo confiere titularidad. El reclamo del pueblo judío sobre la tierra es diferente al de cualquier otra nación. No se deriva de hechos arbitrarios de asentamiento, asociación histórica, conquista o acuerdo internacional (aunque en el caso del actual estado de Israel, se aplican los cuatro). Deriva de algo más profundo: la palabra de Dios mismo – el Dios reconocido por los tres monoteísmos: judaísmo, cristianismo e

islam. Esta es una lectura política del capítulo. Dejadme sugerir otra interpretación (no incompatible sino adicional).

Una de las propuestas más llamativas de la Torá es que somos convocados, como imagen de Dios, a imitar a Dios. “Sed santos, porque Yo, el Señor, vuestro Dios, soy santo” (Levítico 19:2).

Así enseñan los sabios: Tal como Él es compasivo, también tú serás compasivo; así como Él es misericordioso, así también tú serás misericordioso; tal como Él es santo así tú también serás santo. Así también, los profetas describieron al Todopoderoso con todos estos calificativos: lento para la ira y de inmensa bondad, justo y recto, íntegro, poderoso, fuerte, etc. para hacernos saber que son sendas positivas y rectas que el hombre debe cultivar de acuerdo a su capacidad, para imitar a Dios”¹.

Implícito en el primer capítulo de Génesis hay por tanto un desafío trascendental; así como Dios es creativo, tú debes ser creativo. Al hacer al hombre, Dios dotó a una criatura – por ahora la única conocida por la ciencia – con la capacidad no meramente de adaptarse a su entorno, sino de adaptar su entorno a él, de moldear el mundo, ser activo, no meramente pasivo, en relación a las influencias y circunstancias que lo rodean:

Por tratarse de una existencia carente de recursos, la existencia del animal carece completamente de dignidad. La existencia humana se dignifica, porque es gloriosa, majestuosa y poderosa... En la antigüedad, el hombre que no podía luchar contra las enfermedades y sucumbía en multitudes a la fiebre amarilla o a cualquier otra plaga en medio de una falta degradante de recursos, no podía pretender la dignidad. Sólo el hombre que construye hospitales, descubre técnicas terapéuticas y salva vidas está dotado de dignidad... El hombre civilizado ha obtenido un limitado control sobre la naturaleza y se ha convertido, en ciertos aspectos, en su dominador, y con su dominio ha conseguido la dignidad también. Gracias a su

1. Maimónides, *Mishné Torá, Hiljot Deot* 1:6.

dominación le ha sido posible actuar en proporción a su responsabilidad².

El primer capítulo de Génesis por lo tanto contiene una enseñanza. Nos dice cómo ser creativos – concretamente en tres etapas. La primera es la etapa de decir “Sea”. La segunda es la etapa de “y entonces hubo”. La tercera es la etapa de ver “que es bueno”.

Incluso una mirada superficial sobre este modelo de creatividad nos enseña algo profundo y contra-intuitivo; lo que es verdaderamente creativo no es la ciencia ni la tecnología per se, sino la palabra. Eso es lo que forma todo ser.

En efecto, lo que singulariza al Homo Sapiens de otros animales es la habilidad del habla. *Targum Onkelos*, traduce el versículo de Génesis 2:7, “Entonces el Señor Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz el aliento de vida; y fue el hombre un ser viviente” como “y el hombre se convirtió en *ruaj memalelá*, un espíritu *hablante* o una inteligencia lingüística”. Porque podemos hablar, podemos pensar y por lo tanto imaginar un mundo diferente al existente actualmente. La creación comienza con la palabra creativa, la idea, la visión, el sueño. El lenguaje – y con él la habilidad de recordar un pasado distante y conceptualizar un futuro distante – reside en el corazón de nuestra unicidad como imagen de Dios. Así como Dios hizo el mundo natural por la palabra (Y Dios dijo... y fue) así nosotros hacemos el mundo humano por las palabras, y esto es por qué el judaísmo toma las palabras tan seriamente: “La muerte y la vida están en poder de la lengua”, dice el libro de Proverbios (18:21). Ya en el inicio de la Torá, en el mismo comienzo de la creación, es prefigurada la doctrina judía de la revelación: Dios se revela a la humanidad no en el sol, ni en las estrellas, ni en el viento, o la tormenta, sino en y a través de la palabra – palabras sacras que nos hacen copartícipes con Dios en el trabajo de la redención.

“Entonces dijo Dios: Sea ... Y fue...” – este es la segunda etapa de la creación, que es para nosotros la más difícil. Una cosa es concebir una idea, y otra, ejecutarla. “Entre la idea y la realidad, entre el movimiento

2. Joseph B. Soloveitchik, *The Lonely Man of Faith (La Soledad del hombre de Fe)*, (New York: Doubleday 1992) 16–17.